

Algunas reflexiones para la aplicación de la visión del Concilio Vaticano II a la vida monástica.

Me sorprendió que se me solicitara una conferencia para el Congreso de Abades sobre la aplicación del Concilio Vaticano II en la vida monástica de hoy, pero luego de considerarlo pensé que al menos debía intentarlo. No soy un académico, soy un simple abad que está tratando de entender lo que está sucediendo en la comunidad que tiene bajo su cuidado. Así que, por favor, no esperen una profunda investigación sino sólo algunas reflexiones basadas en mi experiencia como abad durante los últimos once años. En estas reflexiones trato de explicar por qué creo que los documentos del Magisterio tienen algo que aportar en nuestra búsqueda de una adecuada expresión contemporánea del instinto monástico.

Mi tiempo como abad ha estado marcado por dos fenómenos que he tratado de entender: el abuso sexual de niños por parte de monjes-sacerdotes de la comunidad y la salida de la vida monástica de monjes, en algunos casos sacerdotes, después de diez o más años de profesión solemne.

En 2005, al día siguiente de mi elección, fue detenido el primero de dos monjes que finalmente fueron condenados por abuso sexual de menores. En los últimos once años han sido descubiertos otros delincuentes en nuestra comunidad por casos ocurridos en el pasado. He vuelto repetidamente a dos preguntas: "¿qué llevó a estos?" y "¿cómo es posible que no hayamos reaccionado ante estos comportamientos?" Mi hipótesis es que había algo gravemente desordenado en la comunión de nuestra comunidad monástica.

Es comprensible que algunos miembros de la comunidad se retiren durante el postulante, el noviciado o al final de su período de votos temporales. No espero, sin embargo, que un número significativo de monjes se retire después de sus votos solemnes. Cuando asumí había 9 monjes, de un total de 92, que vivían fuera de la comunidad y de sus trabajos. Otros se han retirado posteriormente. ¿Por qué?

No hace falta decir que no tengo una respuesta clara a estas preguntas, pero hacérmelas me ha ayudado a entender mejor. Me gustaría compartir los frutos de esta búsqueda.

Asumí, tal vez ingenuamente, que la causa de los problemas de mi comunidad era el inestable estado de la Iglesia y del mundo a partir de 1960. Noté, al mismo tiempo, el crecimiento de algunas comunidades que habían vuelto a las estructuras y prácticas de la década de 1950. Me pregunté entonces si el Concilio Vaticano II podría ser parte del problema y empecé a analizar los datos de mi propia comunidad.

Encontré rastros de abuso sexual de menores por parte de miembros de nuestra comunidad hasta la década de 1920. Me he reunido y he escuchado a víctimas de abuso por parte de miembros de la comunidad desde principios de 1950. Mi conclusión es que el abuso sexual de menores en mi comunidad no es un fenómeno post-Vaticano II.

Investigué también la salida de profesos solemnes de nuestra comunidad desde 1885. Sólo 5 monjes con votos solemnes abandonaron entre 1885 y 1940. Luego se produjo un cambio y comenzaron a salir más personas después de sus votos solemnes. Mi análisis muestra que el

mayor porcentaje de salidas ocurre con monjes que hicieron su profesión solemne en la década de 1951-1960. Un tercio de los monjes que hicieron su profesión solemne en esta década dejó la vida monástica. Mi hipótesis, por tanto, es que algo andaba mal en la vida monástica en Inglaterra, y tal vez en Occidente, desde antes del Concilio Vaticano II. Esta hipótesis causa controversia en mi propia comunidad, porque la década de 1950 era considerada por muchos de los mayores como los “años dorados” de los que hemos venido a caer.

En este contexto resulta útil leer los cuatro volúmenes de la *Congressus Generalis de Statibus Perfectionis* (Primer Congreso General de los Estados de Perfección) que se celebró en 1950. Este Congreso, que trató de la vida religiosa, describe muchos de los problemas que por convención se asocian con los años posteriores al Concilio Vaticano II. Por medio de unos pocos ejemplos describe la intrusión del mundo en el claustro y en la celda, la negativa de los religiosos a rendir el dinero que gastan, y el surgimiento de una obediencia personalista en la que el superior tiene que ganarse el respeto del monje o de la monja para que se obedezcan sus instrucciones. Pienso que el Congreso General de 1950 deja claro que la vida religiosa en la Iglesia Católica ya estaba conmocionada en la década de 1940. En este sentido, pienso que mi comunidad era simplemente parte de una situación global.

En mi tiempo como abad he notado también que durante muchos años mi comunidad no ha prestado mayor atención a la enseñanza del Magisterio. Los que estaban en la comunidad en el momento del Concilio Vaticano elaboraron su respuesta a los documentos conciliares, pero se mantuvieron fijos en la década de los 70. La idea de un cuerpo de enseñanzas post-conciliares desarrolladas en la década de los 90 y los primeros años del presente siglo, que guía nuestra interpretación de los documentos conciliares, era prácticamente desconocida.

En 2008 yo trabajaba con mi comunidad para decidir lo que sería nuestra tarea en los años venideros. Éramos una comunidad en disminución pero creíamos que, a pesar de ello, teníamos un futuro. ¿Qué era lo que el Señor nos estaba pidiendo? Estaba convencido, por primera vez en muchos años, de que debíamos tratar de pensar con la Iglesia. En este momento fui dirigido hacia el Discurso de Benedicto XVI a la Asamblea Plenaria de la CICLSAL en 2008. Este discurso es muy breve: 1100 palabras en el texto inglés de las cuáles, pienso que las últimas 780 entregaban las ideas cruciales.

Me gustaría citar las siguientes líneas:

- ❖ *Christo omnino nihil praeponere* (cf. Regla de san Benito 72, 11; san Agustín, *Enarr.* In Ps. 29, 9; san Cipriano, *Ad Fort.* 4). Esta expresión, que la Regla de san Benito toma de la tradición precedente, expresa muy bien el valioso tesoro de la vida monástica que se sigue practicando aún hoy tanto en el Occidente como en el Oriente cristiano. Es una invitación apremiante a plasmar la vida monástica hasta hacerla memoria evangélica de la Iglesia y, cuando se la vive de forma auténtica, es "ejemplaridad de vida bautismal" (cf. Juan Pablo II, *Orientale lumen*, 9)." y

- ❖ "los monasterios están llamados a ser lugares en los que se realice la celebración de la gloria de Dios ", y
- ❖ "El camino indicado por Dios para esta búsqueda y para este amor es su Palabra misma, que en los libros de la Sagrada Escritura se ofrece en abundancia a la reflexión de los hombres.", y
- ❖ "quienes entran en un monasterio buscan en él un oasis espiritual donde aprender a vivir como verdaderos discípulos de Cristo, en serena y perseverante comunión fraterna, acogiendo también a posibles huéspedes como a Cristo mismo (cf. Regla de san Benito, 53, 1). Este es el testimonio que la Iglesia pide al monaquismo también en nuestro tiempo".

En resumen, este breve discurso sugirió que cualquier monasterio que busque la vida, el tipo de vida prevista por la renovación promovida por el Consejo, debía:

1. Buscar pensar con la Iglesia,
2. colocar la oración y sobre todo la liturgia en el primer lugar de sus preocupaciones,
3. promover la práctica de la lectio divina entre sus hermanos,
4. construir la comunión fraterna, y por último,
5. establecer el espíritu de hospitalidad previsto por la Regla en todos sus encuentros apostólicos.

Ahora tenía los principios fundamentales sobre los que podría basarse una renovación monástica de nuestra comunidad. Sin embargo, me pareció que sería prudente indagar si estas ideas se presentaban aisladas en un solo texto de Benedicto XVI o se veían reflejadas también en otros documentos del Magisterio. Quisiera llamar la atención sobre once documentos publicados en los últimos 25 años y que considero de especial importancia. Los he enumerado en el apéndice A de esta exposición¹.

¹1990 CICLSAL *Potissimum institutione*, Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos.

1994 CICLSAL *Congregavit nos*, La vida fraterna en comunidad.

1995 San Juan Pablo II Carta Apostolica *Orientale Lumen*, Con ocasión del centenario de Orientalium Dignitas del Papa León XIII.

1996 San Juan Pablo II, Exhortación post sinodal *Vita Consecrata*, Sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo.

2001 San Juan Pablo II, Carta Apostolica *Novo Millennio Ineunte*, En el cierre del gran año jubilar de 2000.

2002 CICLSAL *CAMINAR DESDE CRISTO: Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*.

Uno de los desafíos de exponer en este Congreso es ser breve, por lo que no voy a ofrecer un análisis exhaustivo de todos los elementos para la renovación de la espiritualidad monástica que he encontrado en el discurso del Papa Benedicto. Ofreceré solamente una aproximación breve a dos temáticas: la comunión y la lectio divina.

En mi opinión, una de las mejores declaraciones acerca de la comunión en la Iglesia se encuentra en la carta apostólica de San Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, en la que se señala:

"Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento (*Novo millennio ineunte*, 43).

2008 Benedicto XVI, Discurso en la asamblea plenaria del CICLSAL.

2008 Benedicto XVI, Discurso a los representantes del mundo de la cultura, College of the Bernardins, Paris.

2008 CICLSAL Instrucción *Faciem tuam*, El servicio de la autoridad y la obediencia.

2010 Benedicto XVI, Exhortación post sinodal *Verbum Domini*, La palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.

2014 Francisco, *Carta apostólica a la vida consagrada*.

El énfasis de San Juan Pablo II en este documento de 2001 sobre la centralidad de la comunión en la vida de la Iglesia ya estaba presente en documentos anteriores y ha sido recogido también en documentos más recientes.

La Congregación para los Religiosos (si se me permite utilizar este obsoleto título en función de la brevedad) habló de la importancia de la comunión y de la calidad de la vida comunitaria en su documento sobre la formación, *Potissimum institutione* en 1990 (véase especialmente §§26-28)². Este tema se puede rastrear a través *Congregavit nos*, vida fraterna en comunidad a partir de 1994 (véase especialmente §§8-10)³. En el documento sobre la obediencia y la autoridad *Faciem tuam* de 2008 (véase especialmente §§16-19)⁴. El énfasis en la comunión se encuentra también en los documentos papales de la misma época, tales como la Carta Apostólica de San Juan Pablo II *Orientale lumen* de 1995 (véase, por ejemplo §§14-15)⁵ y el Post-sinodal *Vita consecrata* de 1996 (véase §§ 45-54, especialmente §46)⁶. El mismo tema de la comunión continúa apareciendo hoy, como en la Carta Apostólica de Francisco en 2014 a todos los consagrados donde dijo: “Hombres y mujeres religiosos, al igual que todas las demás personas consagradas, han sido llamados a ser en la Iglesia y en el mundo los expertos en comunión. Por lo tanto estoy a la espera de que la "espiritualidad de la comunión", tan

² Véase, por ejemplo: Los miembros deben poder clarificar juntos la razón de ser y los objetivos fundamentales de esta comunidad; sus relaciones interpersonales estarán impregnadas de sencillez y confianza, basadas principalmente en la fe y en la caridad. Para ello la comunidad se construye cada día bajo la acción del Espíritu Santo dejándose juzgar y convertir por la palabra de Dios, purificar por la penitencia, construir por la Eucaristía, vivificar por la celebración del año litúrgico. La comunidad acrecienta su comunión por la ayuda generosa y por el intercambio continuo de bienes materiales y espirituales, en espíritu de pobreza y gracias a la amistad y al diálogo. (PI 27)

³ Véase, por ejemplo: Creando el ser humano a su imagen y semejanza, Dios lo ha creado para la comunión. El Dios creador que se ha revelado como Amor, como Trinidad y comunión, ha llamado al hombre a entrar en íntima relación con Él y a la comunión interpersonal, o sea, a la fraternidad universal. Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos. (CN 9)

⁴ Véase, por ejemplo: La *espiritualidad de comunión* se presenta como el clima espiritual de la Iglesia a comienzos del tercer milenio y por tanto como tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino real para un futuro de vida creyente y testimonio Cristiano. (FT 19)

⁵ Véase, por ejemplo: Cualquiera que sea la modalidad que el Espíritu le reserve, el monje es siempre esencialmente el hombre de la comunión. (OL 14)

⁶ Véase, por ejemplo: A la vida consagrada se le asigna también un papel importante a la luz de la doctrina sobre la Iglesia-comunión, propuesta con tanto énfasis por el Concilio Vaticano II. Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como «testigos y artífices de aquel "proyecto de comunión" que constituye la cima de la historia del hombre según Dios». El sentido de la comunión eclesial, al desarrollarse como una espiritualidad de comunión, promueve un modo de pensar, decir y obrar, que hace crecer la Iglesia en hondura y en extensión. La vida de comunión «será así un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo [...]. De este modo la comunión se abre a la misión, haciéndose ella misma misión». Más aun, «la comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera» (VC 46)

enfaticada por San Juan Pablo II, se convierta en realidad y que ustedes estarán a la vanguardia de responder al “gran reto que enfrentamos” en este nuevo milenio: “hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión”” (Francisco, *Carta apostólica a todos los consagrados*, § 3).

No quiero exagerar, pero creo que ha existido una larga tradición de idiorritmia en mi propia comunidad y en varias casas de la Congregación Inglesa. Creo que esta idiorritmia no está en sintonía con las expectativas de los jóvenes que hoy entran a la vida monástica. Mi impresión es que los jóvenes ven en nuestro monasterio una forma exterior de la vida comunitaria y de la comunión que tanto desean. Pero, una vez dentro del monasterio, encuentran sólo una máscara de la comunión y no su alma viva. Creo que esto es muy importante en el largo plazo y bien podría ser una de las razones por las que algunos monjes jóvenes se van después de sus votos solemnes: llegan en búsqueda de comunión pero no la encuentran o encuentran sólo una pálida sombra de lo que buscan. Entonces creen que la comunidad puede cambiar, pero pasa el tiempo, no ven venir ningún cambio, se desaniman, y se van. Quisiera hacer referencia a los monasterios en Atos y en la Iglesia copta que están floreciendo: han abandonado toda idiorritmia y han abrazado la vida cenobítica. Y esto es cierto no solamente en esos monasterios sino también en los nuevos movimientos monásticos que hoy florecen en la Iglesia Occidental: tienen una fuerte experiencia de comunión.

Paso ahora a la lectio divina. Creo que una de las mejores aproximaciones del Magisterio reciente sobre la vida monástica se encuentra en la carta apostólica *Orientalis lumen* de San Juan Pablo II. En ella leemos:

“El monaquismo, de modo particular, revela que la vida está suspendida entre dos cumbres: la Palabra de Dios y la Eucaristía. Eso significa que, incluso en sus formas eremíticas, es siempre respuesta personal a una llamada individual y, a la vez, evento eclesial y comunitario.

La Palabra de Dios es el punto de partida del monje, una Palabra que llama, que invita, que interpela personalmente, como sucedió en el caso de los Apóstoles. Cuando la Palabra toca a una persona, nace la obediencia, es decir, la escucha que cambia la vida. Cada día el monje se alimenta del pan de la Palabra. Privado de él, está casi muerto, y ya no tiene nada que comunicar a sus hermanos, porque la Palabra es Cristo, al que el monje está llamado a conformarse.

Incluso cuando canta con sus hermanos la oración que santifica el tiempo, continúa su asimilación de la Palabra.” (OL 10)

Nuevamente es posible rastrear en las páginas de los documentos postconciliares esta aproximación al encuentro con la Palabra de Dios. La Congregación para los Religiosos hizo una serie de referencias a la práctica de la lectio divina en el documento *Potissimum*

institutione (ver §§22, 26-28, 31, 47 y 76)⁷, y hay referencias significativas en *Congregavit nos* (véase § 16)⁸ *Caminar desde Cristo* (véase §§23-25)⁹, y *Faciem tuam* (see §§5-7)¹⁰. Tanto San Juan Pablo II como Benedicto hicieron importantes referencias a la lectio divina en sus documentos magisteriales. San Juan Pablo II subrayó la importancia de la lectio en su documento postsinodal *Vita consecrata* (véase, por ejemplo, §94)¹¹ en la que elogia especialmente la lectio divina compartida. No hace falta decir que el Papa Benedicto escribió extensamente sobre la Palabra de Dios, pero me gustaría llamar la atención especialmente hacia el discurso que dirigió a los representantes de la cultura en París en 2008 y su exhortación post-sinodal *Verbum Domini* de 2010. No es necesario citar estos documentos ya que están totalmente dedicados a ensalzar la importancia de la Palabra de Dios. Sin embargo, me gustaría señalar brevemente uno o dos puntos importantes del Papa Benedicto.

“La Palabra divina nos introduce a cada uno en el coloquio con el Señor: el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con Él” (VD 24). Esto es crucial para nuestra comprensión de la Palabra de Dios en la Escritura. Cada uno de nuestros monjes tiene que entender que la Palabra de Dios nos arrastra hacia la oración, nos enseña cómo orar y nos proporciona

⁷Véase, por ejemplo: Más que sus hermanos y hermanas dedicados al apostolado, los miembros de los institutos íntegramente ordenados a la contemplación ocupan una buena parte de su tiempo cotidiano en el estudio de la Palabra de Dios y en la *lectio divina*, bajo sus cuatro aspectos de lectura, meditación, oración y contemplación. Cualesquiera que sean las palabras empleadas según las diversas tradiciones espirituales y el sentido preciso que se les dé, cada una de estas etapas conserva su necesidad y su originalidad. La *lectio divina* se alimenta de la Palabra de Dios, encuentra en ella su punto de partida y a ella vuelve. Un estudio bíblico serio garantiza por su parte la riqueza de la *lectio*. Que esta última tenga por objeto el texto mismo de la Biblia o un texto litúrgico o una importante página espiritual de la tradición católica, se trata siempre de un eco fiel de la palabra de Dios que es preciso escuchar, quizá hasta susurrar, a la manera de los antiguos. Esta iniciación requiere un ejercicio intenso durante el tiempo de formación y sobre ella se apoyan todas las etapas ulteriores. (PI 76)

⁸Véase, por ejemplo: La oración en común se ha enriquecido en estos últimos años con diversas formas de expresión y participación.

Especialmente fructuosa para muchas comunidades ha sido la participación en la Lectio divina y en las reflexiones sobre la Palabra de Dios, así como la comunicación de las experiencias personales de fe y de las preocupaciones apostólicas. La diferencia de edad, de formación, de carácter, aconsejan ser prudentes en exigirla indistintamente a toda la comunidad: es bueno recordar que no se pueden precipitar los tiempos de su realización.

Esta comunicación, donde se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración. (CN 16)

⁹Véase, por ejemplo: Dios está siempre presente en su Palabra... Para reconocerlo es preciso una mirada de fe, formada en la familiaridad con la Palabra de Dios, en la vida sacramental, en la oración y sobre todo en el ejercicio de la caridad, porque sólo el amor permite conocer plenamente el Misterio. (CDC 23) y,

La santidad no se concibe si no es a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios. «En particular — leemos en la Novo millennio ineunte— es necesario que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital... que permita encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia» (CDC 24) y,

La Palabra de Dios es el alimento para la vida, para la oración y para el camino diario. (CDC 24) y,

La oración y la contemplación son el lugar de la acogida de la Palabra de Dios y, a la vez, ellas mismas surgen de la escucha de la Palabra. (CDC 25)

además algunas de las respuestas a nuestras oraciones. Esto nos obliga a diseñar la formación que reciben nuestros monjes jóvenes de manera que puedan conocer la cultura monástica que el Papa Benedicto tan a menudo describe¹². Debe ser central en nuestra enseñanza que los monjes más jóvenes aprecien la naturaleza comunitaria de nuestro encuentro con la Palabra¹³. Pero no tengo claro aún como se puede lograr esto. En mi comunidad los mayores son reacios a la idea de lectio divina en común y su ejemplo tiene un gran impacto en los jóvenes. Actualmente estoy tratando de cambiar mi propio estilo de enseñanza, buscando compartir en mis conferencias los frutos de mi propia lectio tanto de las Escrituras como de la Regla, ¡pero yo mismo estoy iniciando un camino de aprendizaje!

En este breve documento, he tratado de explicar por qué he tomado un camino de regreso a la Sagrada Escritura, a la Regla y a las enseñanzas del Magisterio junto a la comunidad que se me ha confiado. Este camino fue motivado por problemas reales en la comunidad, problemas que no pueden ser ignorados por nadie. Estos problemas nos han animado a mirar nuestra vida comunitaria con ojo crítico, creyendo que la vida monástica tiene algo crucial que ofrecer a la Iglesia. Si la vida monástica realmente quiere ser testigo del amor de Dios, debemos hacer todo lo posible para vivir vidas que sean expresión de la belleza e integridad de esta manifestación de la fe bautismal que compartimos.

10 *Véase, por ejemplo:* La obediencia propia de la persona creyente consiste en la adhesión a la Palabra con la cual Dios se revela y se comunica, y a través de la cual renueva cada día su alianza de amor. De esta Palabra ha brotado la vida que se sigue transmitiendo cada día. De ahí que la persona creyente busque cada mañana el contacto vivo y constante con la Palabra que se proclama ese día, y la medite y la guarde en el corazón como un tesoro, convirtiéndola en la raíz de todos sus actos y el primer criterio de sus elecciones. Y, lo mismo, al final de la jornada se confronta con ella e, imitando a Simeón, alaba a Dios porque ha visto cómo la Palabra eterna se realiza en los avatares del día a día (cf. *Lc* 2, 27-32), al tiempo que confía a la fuerza de la Palabra cuanto ha quedado sin llevarse a cabo. Porque, efectivamente, la Palabra no trabaja sólo de día sino siempre, como enseña el Señor en la parábola de la simiente (cf. *Mc* 4, 26-27). El trato amoroso y cotidiano con la Palabra educa para descubrir los caminos de la vida. (FT 7)

11 *Véase, por ejemplo:* La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora... La meditación *comunitaria* de la Biblia tiene un gran valor. Hecha según las posibilidades y las circunstancias de la vida de comunidad, lleva al gozo de compartir la riqueza descubierta en la Palabra de Dios, gracias a la cual los hermanos y las hermanas crecen juntos y se ayudan a progresar en la vida espiritual. (VC 94)

12 *Véase, por ejemplo:* Baste recordar aquí que, en la raíz de la cultura monástica, a la que debemos en último término el fundamento de la cultura europea, se encuentra el interés por la palabra. El deseo de Dios incluye el amor por la palabra en todas sus dimensiones: «Porque, en la Palabra bíblica, Dios está en camino hacia nosotros y nosotros hacia él, hace falta aprender a penetrar en el secreto de la lengua, comprenderla en su estructura y en el modo de expresarse. Así, precisamente por la búsqueda de Dios, resultan importantes las ciencias profanas que nos señalan el camino hacia la lengua» (VD 32)

13 *Véase, por ejemplo:* A este propósito, no obstante, se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno, pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia. Por tanto, hemos de acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial. (VD 86)

En el momento del Concilio Vaticano II nuestra comunidad mantenía muchas formas externas de la vida monástica. Tenemos la bendición de una liturgia que ocupa un lugar principal en nuestra vida de oración. A pesar de que somos mucho menos numerosos que antes (y de que es seguro que vamos a seguir disminuyendo) tenemos monjes de todas las generaciones, desde los años 20 a los años 90. Hemos adoptado el sistema de decanías, porque nuestro tamaño tiende a convertirnos en una institución en lugar de una comunidad. Creemos que las decanías nos ayudarán a construir una verdadera comunión entre nosotros. Hemos empezado a escuchar lo que la Iglesia nos está diciendo. Como expresión de la hospitalidad a la que San Benito nos invita, estamos tratando de compartir la riqueza de la Regla y la Escritura con todos los que viven y trabajan en nuestro campus. Pienso que nos queda un largo camino que recorrer para integrar lo que hemos aprendido académicamente sobre de las Escrituras con el desafío que nos ofrece la Palabra de Dios y el apoyo que nos brinda el diálogo. Pero creo que finalmente hemos dejado de juzgar a la Palabra para situarnos en una posición de receptividad donde es la Palabra quien nos juzga a nosotros.

Finalmente, me gustaría sugerir que hay una característica benedictina que se vuelve cada vez más necesaria en nuestro mundo y que no aparece explícitamente en el breve texto que he citado al principio de esta conferencia: necesitamos promover la perseverancia entre nuestros hermanos. La vida benedictina florece cuando la gente persevera a lo largo de los años. El deseo de satisfacción inmediata de los deseos, incluso del deseo de Dios, es algo profundamente arraigado en nuestra cultura.

Que Dios en su bondad nos permita llegar a ser testigos del hermoso resultado de perseverar en nuestros votos, ser transformados, paso a paso, en la imagen de Aquel que servimos: Jesucristo nuestro Señor, a quien pertenecen la gloria ahora y por siempre.

Apéndice A

1. 1990 CICLSAL *Potissimum institutione*, Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos.
2. 1994 CICLSAL *Congregavit nos*, La vida fraterna en comunidad.
3. 1995 San Juan Pablo II Carta Apostolica *Orientale Lumen*, Con ocasión del centenario de Orientalium Dignitas del Papa León XIII.
4. 1996 San Juan Pablo II, Exhortación post sinodal *Vita Consecrata*, Sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo.
5. 2001 San Juan Pablo II, Carta Apostolica *Novo Millennio Ineunte*, En el cierre del gran año jubilar de 2000.
6. 2002 CICLSAL *CAMINAR DESDE CRISTO: Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*.
7. 2008 Benedicto XVI, Discurso en la asamblea plenaria del CICLSAL.
8. 2008 Benedicto XVI, Discurso a los representantes del mundo de la cultura, College of the Bernardins, Paris.
9. 2008 CICLSAL Instrucción *Faciem tuam*, El servicio de la autoridad y la obediencia.
10. 2010 Benedicto XVI, Exhortación post sinodal *Verbum Domini*, La palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.
11. 2014 Francisco, *Carta apostólica a la vida consagrada*.